

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 76





el bien que pude hice y siempre he procurado llevar la frente altiva sin mi honradez manchar.

Y en premio á mis afanes, cuando cansado llego al fin de la jornada, el mundo ¿qué me da? ¡amargos desengaños, traición, desasosiego! la hiel ¡ay! que mi vida envenenando está.

Acepto el duro fallo que el mundo en mí ha dictado, acato, pues que es fuerza, su ley ruda y cruel; mas huyo de ese mundo falsante y depravado y busco aquí en mi aldea lo que me niega él.

Aquí vivo dichoso, en paz, sosiego y calma, y el día en que me muera me enterrarán aquí, donde vendrá á rezarme mi madre de mi alma y habrá una cruz bendita alzada sobre mí.

FEDERICO GONZÁLEZ RABANADA

Orla de R. Costa.

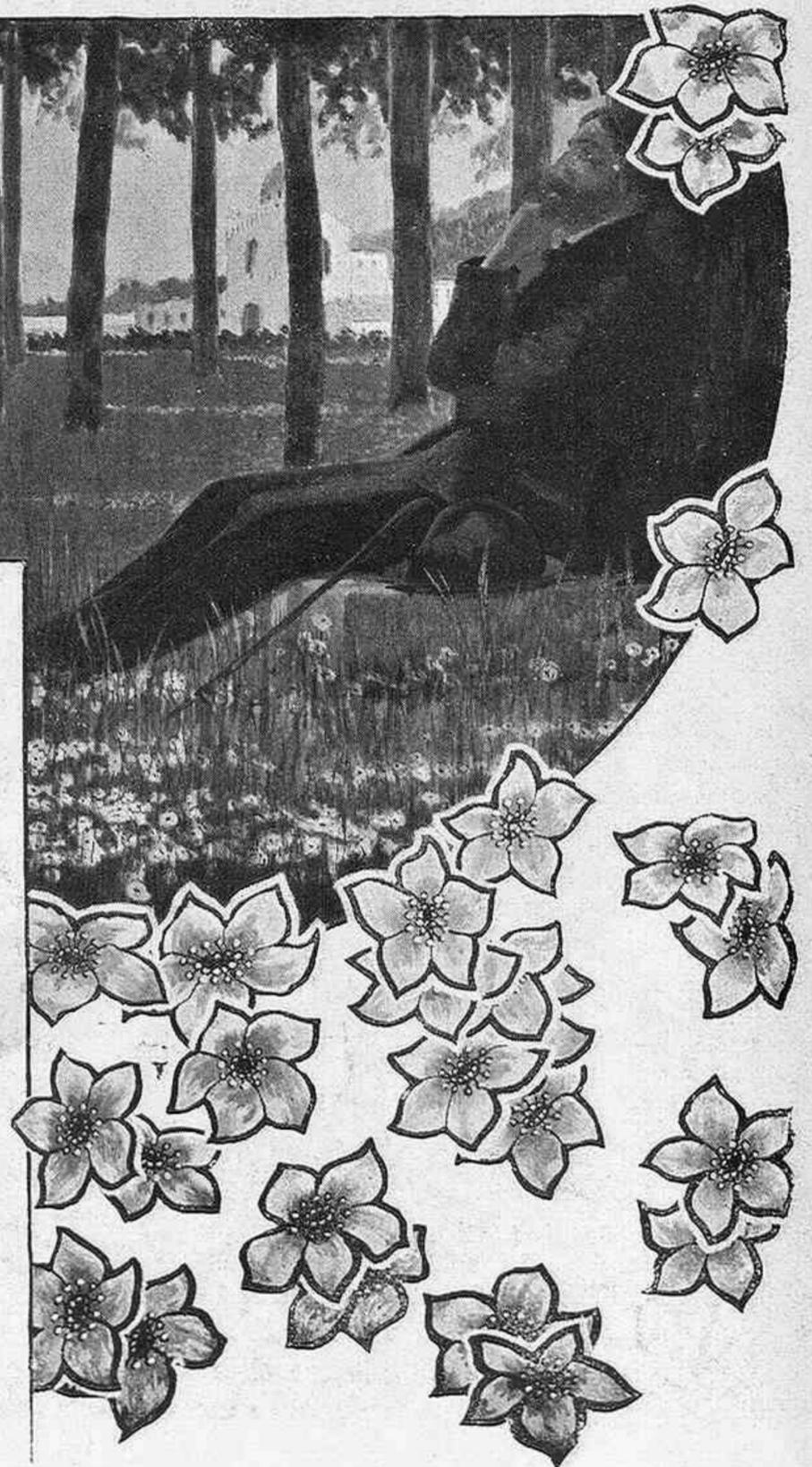
Hoy vuelvo á la hechicera blanquísima morada donde por vez primera la luz del cielo vi, y vuelvo con el alma marchita y destrozada, buscando entre sus muros la dicha que perdí.

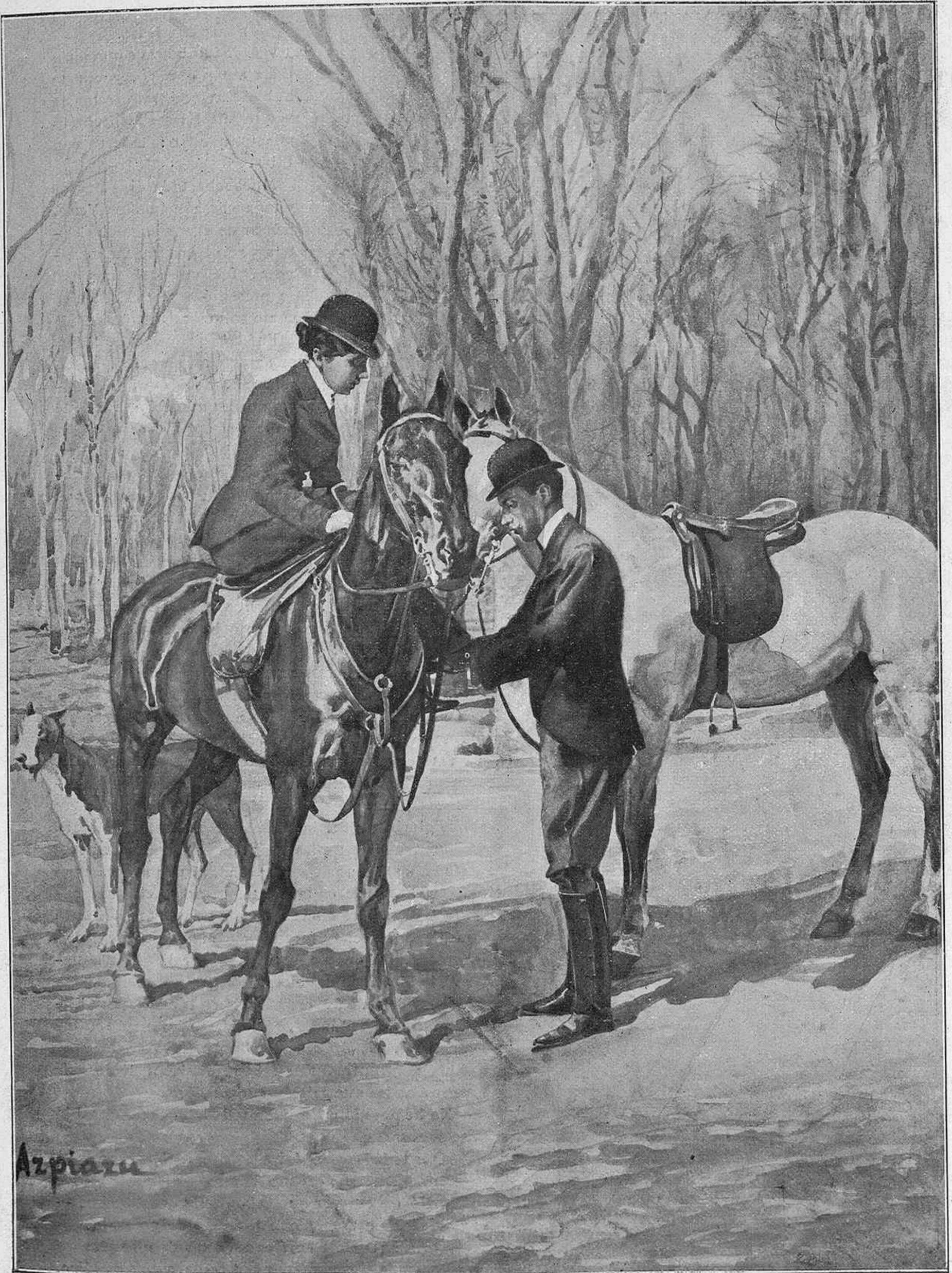
Del mundo y sus ruindades vivir quiero apartado, y lucir ya para siempre de tanta falsedad, los campos de mi aldea me ofrecen perfumado ambiente, do respiro bendita soledad.

En este paraíso deléitase mi alma, se llenan mis sentidos de dulce languidez, se inunda mi conciencia de bienhechora calma, y aparto de mi mente la innoble pequeñez.

Cuando hace cinco lustros mi tierra abandonaba ¡qué alegre paraíso mi espíritu soñó! ¡qué dulces ilusiones la mente me brindaba! ¡qué tristes desengaños la realidad me dió!

Luché con fe y constancia; amé sin ser amado; no supe qué eran goces, mas supe trabajar,





PASEO INTERRUMPIDO.

ATENEU DE
STOTTING

MUERTE



ME casé con Elisa.
Si hubieras conocido a Elisa antes que yo, y ella te hubiese amado, ¡oh, lector de veinte años! habrías hecho lo mismo que yo: casarte con Elisa.

Muchacha toda ojos negros y toda corazón amante. Verla, pensar en ella una noche entera y resolver tomarla por esposa, fué un problema que se presentó ante mis cálculos como solución halagüeña.

Fué como si dos cantidades, su amor y mi amor, se multiplicaran, mediante arte mágico, por un número infinito.

Me casé con Elisa.

Era hija de un tendero. Rica, más rica que yo, pues mi profesión (no he de declararla aquí, ya que no se trata de una cédula de vecindad), pues mi profesión, repito, profesión

de alto lujo, el más alto de todos, el lujo del espíritu, en España y en nuestra época, tiene escasísima aplicación práctica; mi profesión, vuelvo á decir, apenas me suministraba por sustento lo que diferencia al hombre del pájaro.

En suma, Elisa era rica; pero yo era pobrísimo.

Sin embargo, me casé con Elisa.

¡Qué luna de miel! ¿Es la miel lo más dulce? ¿lo más santo? ¿lo más hermoso? Si la miel no tiene otro atributo que ser dulzona, digo mal, expreso muy poco, si mis primeras deliciosas semanas de matrimonio califico simplemente de luna de miel. Fué aquello un sol de gloria, un día interminable de fiesta, una noche azul en que las estrellas de plata eran como jazmines perfumados. Ni una contrariedad, ni una arruga en el ceño, ni una nube en la mente, ni una levísima esperanza fallida. Cada minuto traía una nueva sorpresa inefable, un recién descubierto manantial de goces ignorados. Yo, que no distinguía la realidad de la tierra de la idealidad del cielo.

Una mañana, aún me hallaba en la cama, pero Elisa, contra mi voluntad, se había ya levantado. ¿Qué ocupación?... El día antes hubo de olvidársele poner comida al jilguero. Ella sola le cuidaba. No quería confiar á nadie esta misión encantadora.

—No he podido dormir en toda la noche,—me dijo al amanecer.

—¿Que te ha desvelado? — la pregunté afanoso.

—Mientras que nosotros somos tan felices,— me respondió en esa voz que deben tener los ángeles,— hay un sér en esta casa que será muy desgraciado.

—¿Quién? ¡Dímelo corriendo, alma de mi vida!

—Sí; un sér inocente que nos alegra, y nos sonrío, y nos canta, y nos bendice.

—Pero ¿quién?

—Un sér que ayer no ha comido...

—¿No ha comido? — dije maquinalmente. — ¿La criada, quizás?

—No; esa come por cuatro. — Y soltamos los dos la carcajada.

—¿Quién, entonces?

—El jilguero. ¡Sabe Dios si habrá muerto!

Dejé ir á mi esposa.

—¡Muerto! ¡La muerte!

Esta idea cayó en mi cerebro como un témpano de hielo en medio de aceite hirviendo.

—Pero ¿existe la muerte? — me pregunté con estupor.

¡Sí, existía! A poco rato volvió Elisa, cubierto el rostro con las manos. Por entre sus dedos asomaban algo así como perlas. Eran sus lágrimas.

El pobre animalejo no había podido resistir un día y una noche de hambre. ¡Y cuando todo era gozo á su alrededor, todo generosidad, todo abandono!

Aquel día, Elisa y yo, estuvimos tristísimos. Apenas nos hablamos. Al mirarnos, nos veíamos los ojos empañados de llanto. Y aquel día cobré un odio y un temor indescriptibles á la muerte; á esa acción ilógica, absurda, invisible hasta que hiere; que nos rodea, nos acecha, nos sorprende, nos arrebató en lo mejor de la vida, en la mitad de un festín, al probar un sorbo de alegría.

Desde entonces, sólo pensé en aquella cosa negra (¡yo no podía figurarme la muerte con ningún color risueño!) en aquella cosa feroz, abrumadora é incomprendible. La muerte fué una obsesión de todas mis horas. En casa, en la calle, en el campo, doquiera, la



veía, ya en el momento de ejecutar los terribles desenlaces de sus misteriosos dramas, ya en las fúnebres huellas con que marcaba su paso en anteriores tragedias. Y más y más llegué á aborrecerla, con un odio inextinguible, con un loco deseo de dominarla, de oponerme á sus conquistas, de vencerla por cuantos medios me sugiriera mi delirio. Una tarde de lluvia, volví á mi casa más temprano que de costumbre. Alguien había dejado la puerta sin cerrar, y entré, no siendo sentido. De pronto, se me ocurrió una idea juguetona.

—Voy á sorprender á Elisa en su cuarto.

Y me congratulaba de antemano figurándome la cara de miedo que pondría mi esposa, cuando me oyera de repente, mugiéndola: — ¡Múúú!

Andando con la punta de los pies, lleguéme hasta la puerta, no bien cerrada, de su gabinete; y, allí, un rumor extraño, un rumor compuesto de voz de hombre y de besos tiernísimos, me heló la sangre.

Miré por la abertura de las cortinas que velaban la puerta, y vi á mi esposa en brazos de mi amigo Ricardo. ¿Qué pasó entonces por mi cerebro?

Pasó una ola roja, un oceano de sangre, mientras que en mis oídos zumbaba esta sola palabra:

—¡Muerte!

Muerte para él, para ella, para mí, para todos. Y en aquel momento, revelador de verdades horribles, comprendí que la muerte no era aquella cosa negra y odiosa que yo me imaginaba, sino un supremo placer que guardaba Dios para los que han saboreado las amarguras de la vida.

José DE SILES

Ilustraciones de V. BUIL.

LAS TUMBAS DE LOS NIÑOS

TAMBIÉN los niños tienen tumba!

¿No es verdad que esto sorprende, que al oírlo el espíritu siente como si lo cruzara una fría racha de asombro, de ese asombro rebelde á la realidad cuando la realidad es ilógica, cuando no debía ser?

Tan opuestas, tan antagónicas son esas dos ideas, la tumba y el niño, que la mente no quiere conciliar lo que una dice de hielo, de inmovilidad, de palidez, de sombra, con lo que habla la otra de mansas tibiezas de cuna, de santo contento, de música divina, de luz rosada en el hogar dichoso.

¡Un niño que muere! Es el dolor que no tiene símbolo. La hoja seca que duerme olvidada, la flor muerta que se agobia vencida, el lampo de aurora que se apaga, el crepúsculo que agoniza arropándose con los últimos crespones de bruma; todo esto que simboliza el morir, es triste, es doliente, es fúnebre, pero es posible. ¡Y la muerte de los niños no es posible!

Parece que al llegar ese pálido fantasma del misterio ante la cuna inmaculada, ante el sér pequeñito que duerme indefenso, al mirar en descanso aquel cuerpecillo de carnes tiernas que parecen carne de pétalos rosados; al ver aquella boca que sabe sin saberlo el secreto de los besos sublimes, la música inimitable de los primeros delectos del lenguaje; al contemplar las hebras de sol manso que coronan aquella frente bañada por la suprema serenidad de la suprema inocencia, debiera la muerte sentir humedecidos sus ojos sin luz, y alejarse de allí corriéndole dos lágrimas por las descarnadas mejillas, y decir encogiendo convulsa la huesosa mano:

—¡No, no puedo! ¡Es un niño!

Yo he visto las tumbas de los niños en el cementerio, y he sentido en el misterio de su clausura de mármol el misterio más íntimo de esa dolorosa historia escrita en las lápidas.

Hay una pequeña urna en un rincón, que dice: «Aquí yace Luisito M...»

¡Luisito! El diminutivo lo dice todo. Es un pajarito que ha muerto.

Algún hogar debe haber donde se siente frío desde que ese diminutivo dejó de oírse en la mesa familiar desde que falta en la casa tibio ese vaho de pichones que exhala la cuna.

El epitafio no dice más; ni que era bueno, ni que era feliz, ni que era hermoso. Dice que era Luisito, dice que era niño, y esta sola palabra, síntesis de todas las bellezas, de todas las gracias y de todas las inocencias, hasta para advertir al que pasa que aquellos huesitos guardados en la urna, es todo lo que queda de algo que cuando reía iluminaba la casa como si saliera el sol!

Bajo una estatuita primitiva é ingénua que parece imagen de muñeca, un pensamiento de mármol dice: «¡Chichí idolatrada!» Es un grito vibrando en una piedra, vibrando siempre con vibración de cuerda herida, de fibra lacerada que sangra hace tiempo.

Es quizá el grito de la hora fúnebre que se ha incrustado allí, en el mármol, el grito que arrancó la vista de un cuerpecito helado, la visión trágica de una cara ingeniosa que cerró los ojos en la hora de los crepúsculos, llevándose el secreto del cielo en su sonrisa! ¡Chichí! ¡El apodo en que encerrara toda la elocuencia de los cariños extremos un labio maternal! ¡Todo el poema del dolor en una palabra!

En una tumba grande hay una pe-

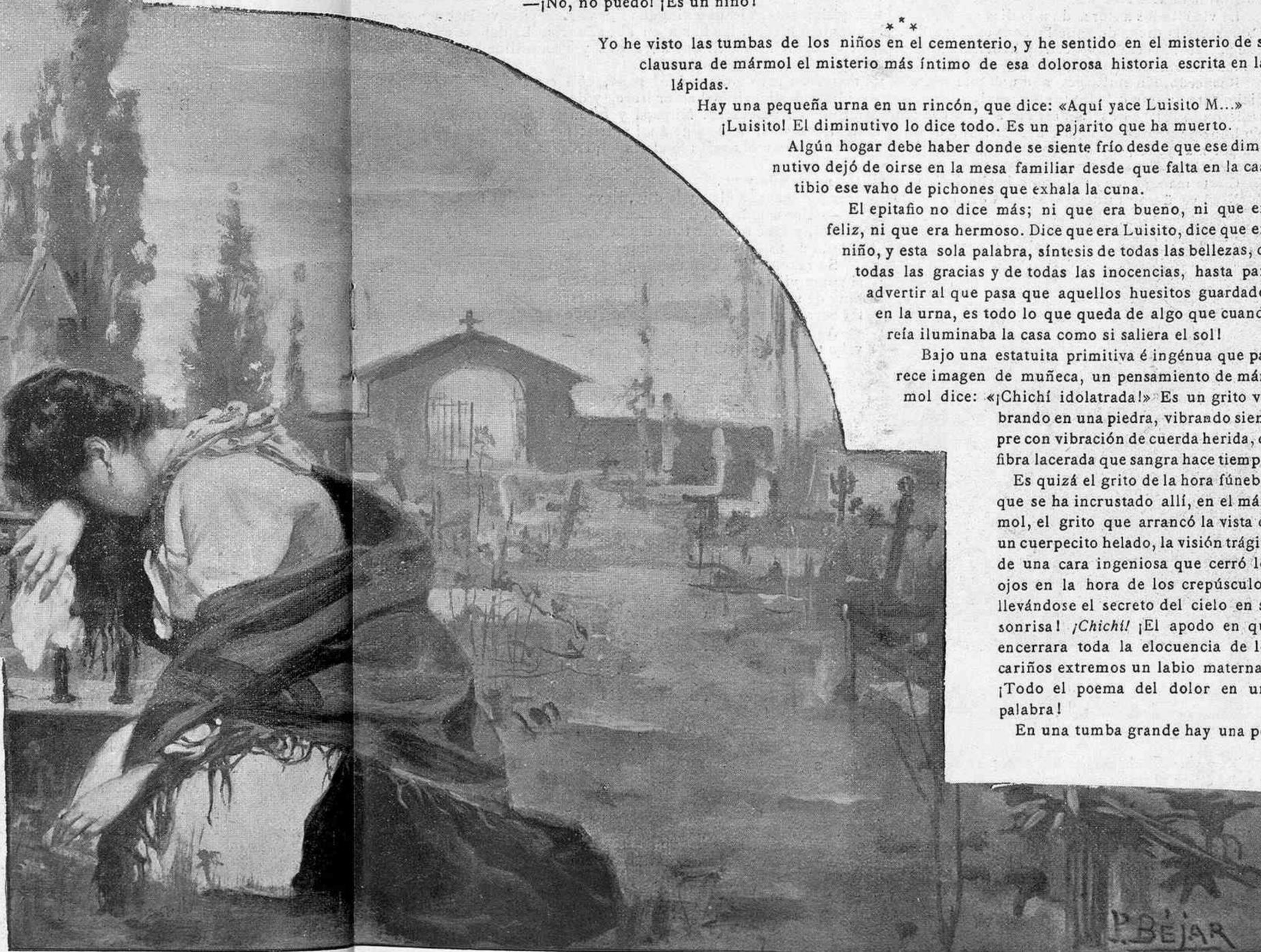


queña estatua que ríe con su sonrisa infantil sin vida ya: ¡una bailarinal

Es el disfraz de la última fiesta, sin duda, la imagen copiada en una hora dichosa, cuando vivía, cuando era feliz, cuando tenía luz en las pupilas y aurora en las mejillas. Y todo eso: el contento de la hora dichosa, la frescura de los labios, la vida sonrosada de su cuerpo tierno, el dulce verso de la infancia, todo se ha cuajado allí en el mármol, dejando sobre la tumba la figura muerta, con un traje de bailarina y su sonrisa de piedra... ¡Un niño que muere! ¿No es verdad que esto sorprende? ¡Sí! Lo saben los que han visto cerrarse unos ojos celestes y cerrarse el cielo y quedar negro el mundo al cerrarse los ojos.

Los niños mueren también. ¡Yo he visto en el cementerio tumbas de niños que encierran una aurora apagada en su seno!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR



Ilustrado por PABLO BÉJAR.

EPISODIOS DE LA VIDA DE UN CABALLO

(CONTADOS POR ÉL MISMO)

PASÉ mis verdes años en una de las más verdes dehesas de Andalucía.
Mi sangre era noble y de pura raza.

Mi mamá descendía por línea recta de aquel célebre caballo de *Alhama* el *Magnífico*, que tan magnífica carrera dió con su real jinete desde los bosques de la Alhambra hasta... no sé qué punto; pero el hecho es que mi célebre antepasado *siguió una carrera* que ha inmortalizado en sus versos una de las primeras glorias literarias de España, Zorrilla, cuando con su inimitable entonación, exclama:

« Lanzóse el noble bruto (1) con ímpetu salvaje
salvando á saltos locos la tierra desigual. »

Mi papá era un caballo del Estado, y con decir esto, dicho se está que mi papá era un buen *español* y mozo de buenas prendas.

Se entiende que era *mozo* antes de que yo viniera al mundo; pero dejó de serlo después que hubo conocido á mi mamá.

La vida de los autores de mis días se deslizaba tranquilamente, sin que ninguna ligera nubecilla viniese á obscurecer la dicha de aquella conyugal pareja. En cuanto á bienes, los había en abundancia. La dehesa en que pastábamos era muy fértil y habiendo que comer es mucho más fácil que haya paz y tranquilidad entre los matrimonios.

Recuerdo, sin embargo, que una mañana dió mi mamá un par de coces á mi papá, con motivo de haber dicho éste que un caballo inglés, amigo suyo, era decidido partidario del amor libre, y desde aquel instante vinieron los disgustos domésticos á turbar la felicidad que disfrutábamos. Mi papá y mi mamá se separaron. Yo hube de pensar en seguir una carrera; deseaba instruirme y servir de algo á mi patria; pero una *potra*, — *pia* por más señas, — hija de una última amiga de mi mamá, me tenía sorbido el seso. ¡Trotaba con una soltura y relinchaba con una gracia!

Cierta mañana muy temprano herborizábamos juntos mi amada y yo.

Ni el yegüero ni nuestras mamás estaban allí. Me acerqué, pues, á ella, y le dije, llevado del mejor fin:

—Mire usted, *pia*, tiene usted un cuarto delantero tan bonito, y sabe menear tan bien la cola que... ¡vamos! yo al lado de usted no estoy tranquilo.

Su respuesta fué un respingo y un par de coces, que si como *piita* estaba descalza, pues como ya he dicho era muy de mañana y acababa de levantarse, hubiera tenido las herraduras puestas, me destroza todo el *belfo* superior.

Aquel fué el primer desengaño de mi vida. ¡Me reservaba tantos el destino!

* * *

Desde la dehesa me instalaron en Madrid.

Fuí matriculado para empezar mi carrera en el picadero de Perelli.

Estudié varios cursos de *castellano*.

En piernas y en corbetas, en trote y en galope no había quien se me pusiera delante. Salí de aquella universidad con las mejores notas en todas las asignaturas y entré al servicio particular de un joven condesito.

¡Qué vida aquélla y cuán poco duró!

Me trataban á cuerpo de rey.

Tenía peluquero para mis abundantes crines, pedicuro que cuidaba de mis cascos, cocinero que me aderezaba unas empajadas como yo jamás pude pensar, ayuda de cámara que me vestía para salir á paseo...

Les digo á ustedes que entre mi señorito y yo había muy poca diferencia.

Todas las tardes nos paseábamos juntos en la Fuente Castellana.

Yo, por supuesto, debajo, y él encima.

Había allí cada yegua que aquello era una bendición de Dios, y cada señorita que, vamos, al condesito se le caían las riendas de las manos.

El y yo relinchábamos de gozo; es decir, cada cual á su manera; él relinchaba y suspiraba yo, digo, al revés, él era el que suspiraba.

* * *

Pero la injusticia de los hombres no tiene límites.

Por más que yo estudiaba de continuo nuevos saltos y más graciosos movimientos llegué á fastidiar á mi señor. Se enamoró de un caballo blanco, yo era castaño, — pero no pasaba de castaño obscuro, — y deshaciéndose de mí, llegué á poder de un militar.

¡Qué vida tan distinta! Aquello no era vivir. Los asistentes me hacían mil perradas.

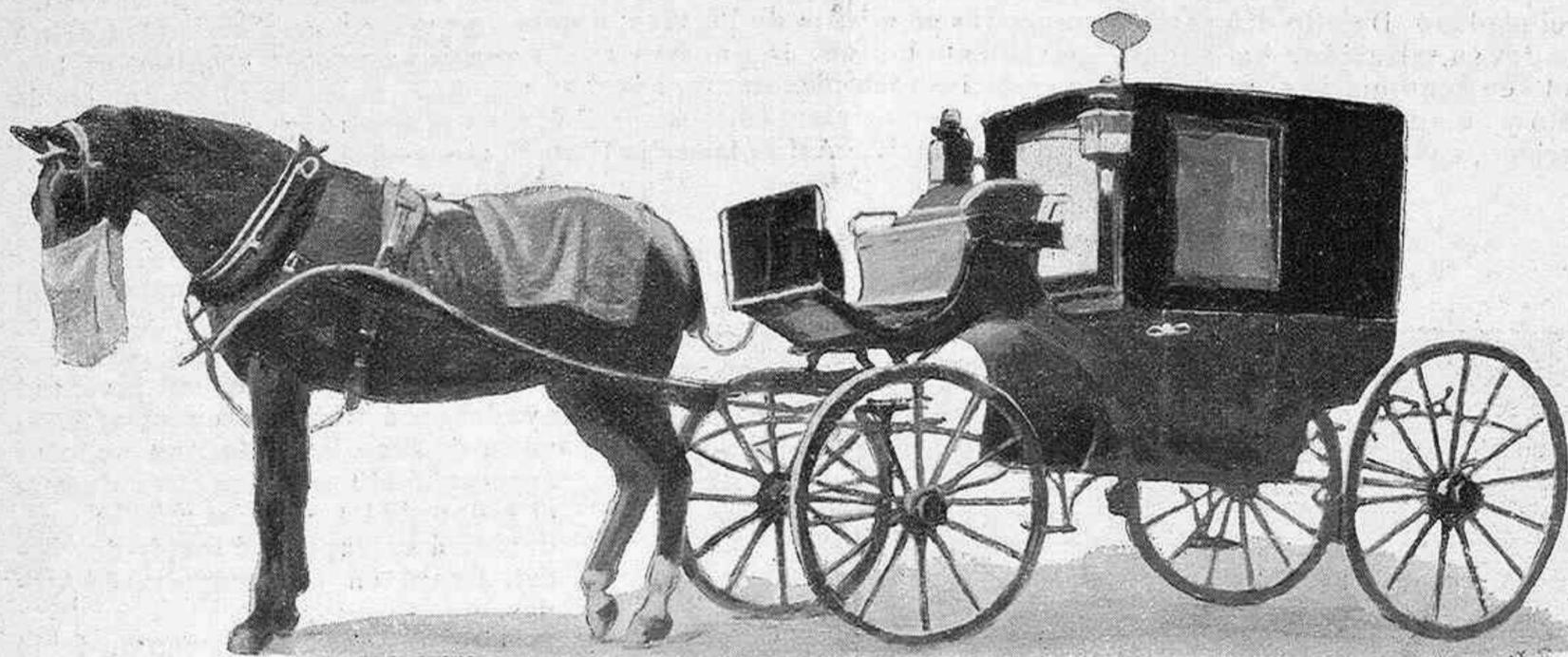
(1) Este bruto, con perdón de ustedes, era mi abuelo.



Antes me limpiaban el traje todos los días, entonces sólo cuando pasábamos revista. Mi plato, en otro tiempo abundante y escogido había variado por completo hasta el punto de asemejarse al rancho que dan á los soldados. Eso sí, trabajos y peligros no faltaban. Que se presentaba una partida en cualquiera parte, que se pronunciaban en alguna población, allí iba yo, sin que se me preguntase nunca cuál era mi opinión política.

En una de esas revueltas de partido me partieron la cola de un sablazo.

Cualquiera creerá que aquello me valió un ascenso; pues, no, señores; por aquel mérito de guerra descendí. El capitán que me montaba, viéndome rabón, me cambió por el caballo de un contrabandista. Es decir,



que yo, portándome como leal, pasé al contrabando y el del matute ingresó en las honradas filas del ejército. Cuando no me morí entonces, nadie se muere de pena. ¡Válgame Dios, qué días y qué noches pasé en el contrabando! Los carabineros era mi constante pesadilla. En una refriega que con ellos tuve me cortaron de un tajo las orejas. Yo creí que aquello sería para mi amo un galardón, un título á su aprecio; pero ¡que si quieres!... Se deshizo de mí porque estaba feo.

Aunque es mala comparación, los caballos somos para los hombres como las mujeres; sólo les gustamos por la *estampa*. Rabón y desorejado pasé á poder de los *sansimonianos*, es decir, fuí á parar á un simón de plaza.

¡Vamos, me dirán algunos, al fin conseguiste arrastrar coche! Sí señores; pero yo no sé cómo lo arrastraba.

Las empresas de estos vehículos han resuelto un problema importantísimo; el de enseñar á los pobres caballos á no comer y trabajar. Lo malo es que los caballos se mueren de puro instruídos, haciéndose más pensadores en fuerza de no pensar.

Lo que pasé en esta nueva profesión no hay para qué decirlo. Con tantas carreras quedé resentido de una mano. ¡Qué de vigiliass! ¡Qué de ayunos y abstinencias! ¡Qué de escenas me han hecho arrastrar *en pos de mí!*

* * *

Llegó un día en que me creí redimido para siempre.

Un chalan muy francote y muy bien parecido me llevó á su casa y los primeros días me trató muy bien; pienso va y pienso viene. Llegué casi á reponerme.

El hombre creyó que mi cojera tendría cura. Así que se convenció de lo contrario, me puso á dieta. Yo no me impacienté del todo: vamos, me dije yo, este será un sistema curativo, aunque algo incómodo.

Un empresario de la plaza de toros vino á verme. Le hube de gustar porque me llevó á su casa. Pensé que para distraerme me llevaría á la función de aquella tarde. Y me convidó por fin; pero fué á costa de mi pellejo.

Cuando salí á la plaza, creí que el picador contendría á la fiera con la garrocha para que no me tocara. ¡Ilusiones! Aquel hombre sin corazón ponía un particular empeño en comprometerme. Cuando lo llegué á conocer distintamente, estaba en tierra y con el vientre de par en par abierto.

Pero señor ¿es posible, me decía yo, que así se complazca el hombre en devolverme mal por bien?

* * *

Me levantaron á palos, como para darme un consuelo en mis congojas; me llevaron á la caballeriza y me cosieron la barriga. En esta operación quirúrgica, ejecutada en mi beneficio, me reconcilié con la humanidad: ¡vamos! dije, no es tan mala.

Pero me quedé helado cuando vi que hacían aquello para volverme á sacar á que me rematase otro toro.

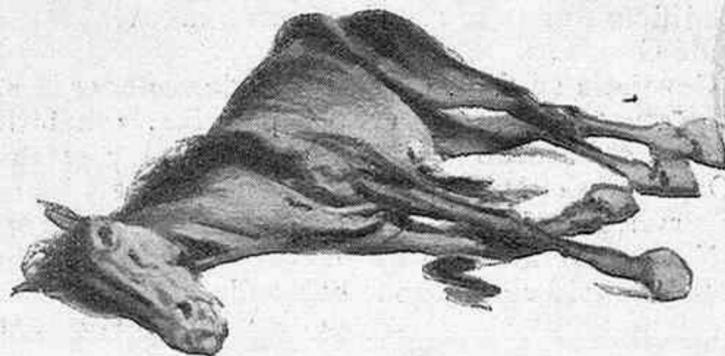
Entonces me tiré al suelo y ya no quise levantarme más, no por temor de morir, — era lo que más deseaba — sino por no dar gusto á mis verdugos. En esto entró un inglés en las caballerizas. El Secretario de la Sociedad Protectora de animales. Me vió, me comprendió y me compró.

A él le encargué que contase al mundo la historia de mis desventuras.

Sabido es que los ingleses tratan á los animales como á sus prójimos.

Por la traducción del idioma caballar,

SALVADOR MARÍA GRANÉS



P. Bejar

LOS SIETE SABIOS DE GRECIA

Es verdaderamente peregrina la independencia de criterio, por no decir intención aviesa, la ligereza de algunos biógrafos, al ocuparse en Sócrates, una de las más brillantes estrellas de la sabiduría griega.

Preséntanle á los ojos del curioso ó á los del investigador, poco menos que como un político ambicioso y turbulento; como un enemigo de la paz y del sosiego público; y, sin embargo, nada más lejos de la verdad; puesto que Sócrates vivió siempre alejado de las maquinaciones políticas, aun cuando nunca dejó de ser un buen ciudadano. De ello dió patentes muestras en el sitio de Polídea; donde á su valor y gran serenidad debió Alcibiades su salvación, hallándose gravemente herido. Del mismo modo que los aludidos *cronistas* no han vacilado en acumularle el turbulento y ambicioso temperamento, hácenle, también, autor de obras que jamás escribió y aun de cartas que, bajo su nombre, hemos visto editadas en París, en el año 1637. ¡Escritor el filósofo griego, cuando jamás tomó su mano la pluma!... Así se falsea la Historia: de esta suerte, la ignorancia, la

inconciencia, la mala fe, enturbian, de consuno, las fuentes cuyas aguas debieran permanecer siempre cristalinas, siempre claras, como la luz del rey de los astros.

Hijo del escultor ateniense Pofranisco, Sócrates pasó su juventud ayudando á trabajar, en su arte, al autor de sus días; y de que no desaprovechó el tiempo, es clara muestra el grupo de las *Gracias veladas* que, debido á su experto é inspirado cincel, figuró en la Acrópolis de Atenas.

Critón, que, á la cuenta, debió adivinar excepcionales dotes en el joven, para las ciencias, indújole á trocar el arte por éstas; á las que se entregó con verdadero ahinco. En un principio militó en la escuela de los Sofistas, pero, variando luego, púsose del lado de los de la jónica, adoptando, desde luego, el precepto de *conócete á ti mismo*, como el principio y el fin de la filosofía.

A partir de aquella época se le ve recorrer las plazas y los talleres, las tiendas y los centros de reunión, departiendo con los artesanos, sobre asuntos de su arte, del fundamento de las leyes, de la economía doméstica, de los deberes para con el Dios que dispuso el mundo con tanto orden como sabiduría; haciendo sostenida y cruel guerra á la preocupación y al vicio, despertando los espíritus y mejorando las costumbres.

Revolvíase airado contra los sofistas, á los cuales confundía con su célebre *ironía*, especie de apremiante interrogatorio, que les desconcertaba. Instruía por inclinación, oyéndosele hablar frecuentemente del *demonio* y del genio familiar que le inspiraba; poseía un maravilloso sentido común y su palabra era entusiásticamente mística; lo que hacía que el número de sus prosélitos aumentase cada día.

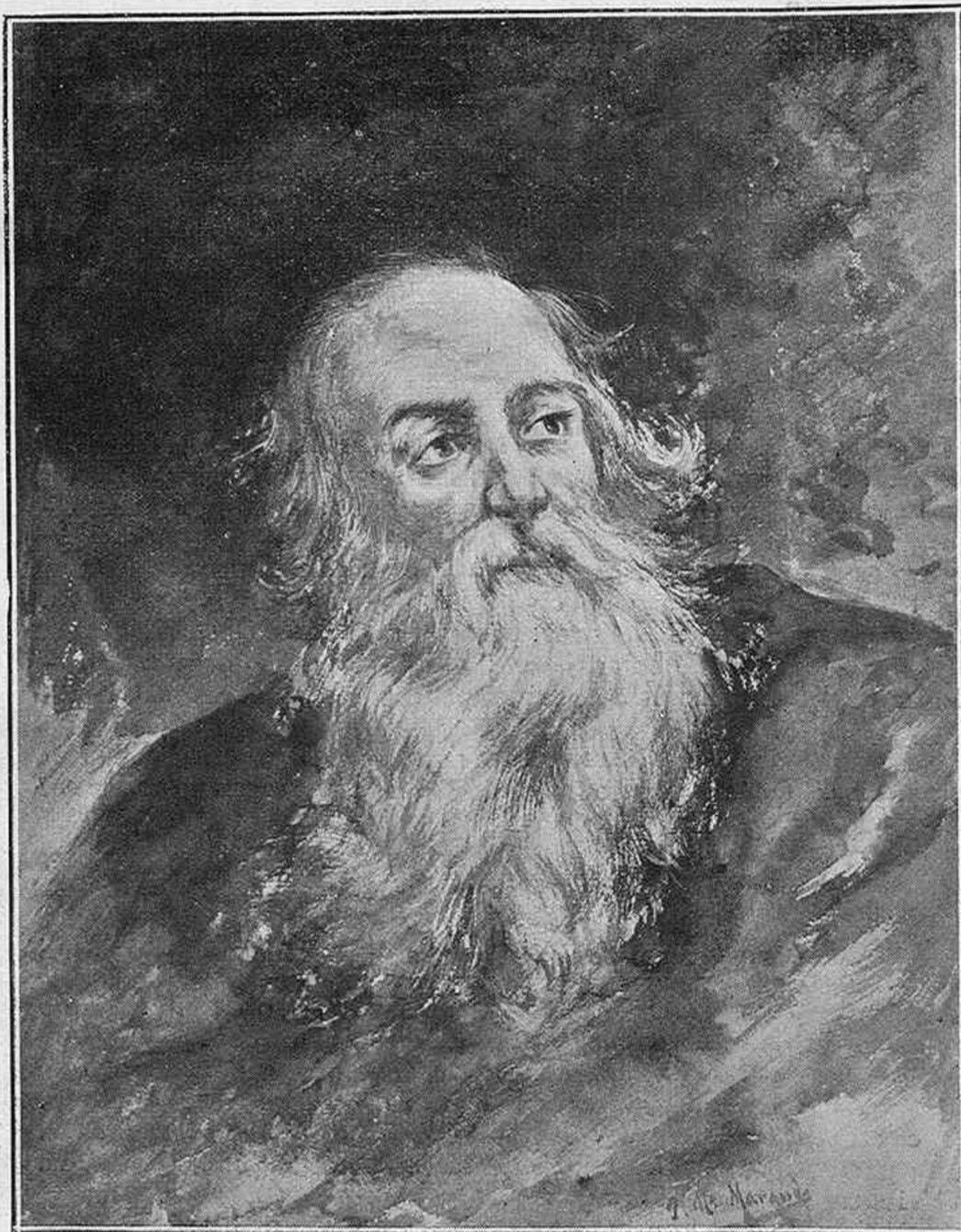
Ello, sin embargo, unido al constante combatir contra los sofistas, sus enemigos, hizo que se le denunciase como enemigo de los dioses. Más de quinientos jueces formaban el Tribunal que le había de juzgar; hizo por sí mismo su defensa y al condenársele, por la exigua mayoría de cinco ó seis votos, preguntósele que pena se imponía; «En justicia, lo que yo merezco,—repuso,—es ser mantenido en el Pritáneo». — Era éste un edificio donde se reunían y eran mantenidos, á costa del Estado, los primeros magistrados de varias ciudades de Grecia.

Consistía su filosofía en tratar de conocer la naturaleza moral del hombre, el arte de bien vivir; dejó grandes preceptos de moral viva y positiva, rehabilitando el trabajo y elevando la condición de la mujer y del esclavo; subordinó la política á la moral y estableció el principio de las leyes no escritas; reveló á la Grecia y al Occidente el Dios invisible, inteligente y moral, causa y principio de la vida y del orden y de la armonía universal, enseñando, al propio tiempo, la inmortalidad del alma.

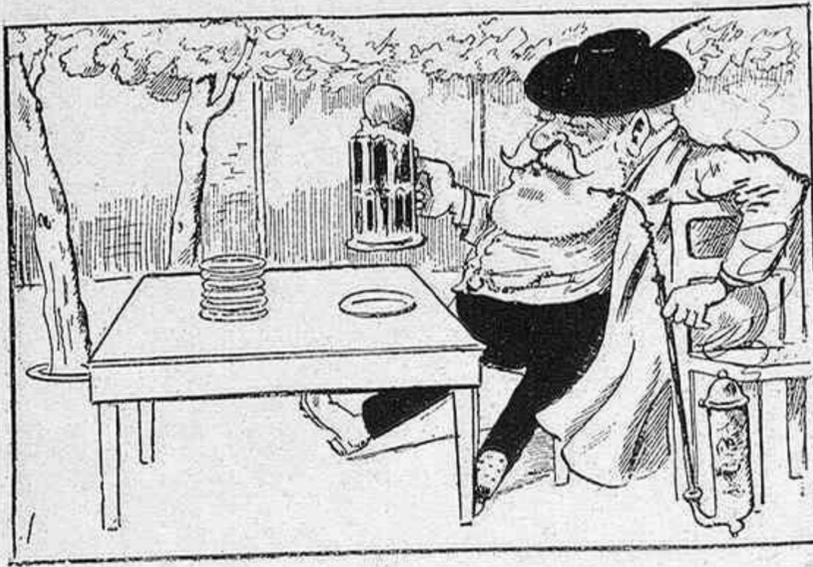
Nació, Sócrates, en un pueblo cercano á la ciudad de Atenas, hacia el año 468, antes de la venida de Jesucristo y murió el año 400; habiendo vivido, por consiguiente, sesenta y ocho años.

R. B. GIRÓN

SÓCRATES



Dibujo de JOSÉ M. MARQUÉS.



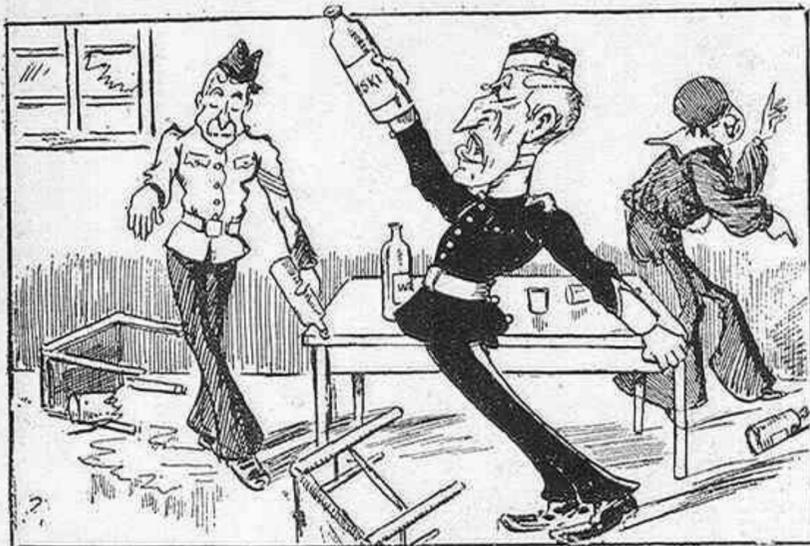
1. — Alemania.

No es buen alemán el que por lo menos no se echa á la tripa, aunque reviente, treinta ó cuarenta docenas de dobles Munich ó Pelyer al día, ú séase diarios cada veinticuatro horas.



2. — Francia.

Ya es por sabido: le souteneur y la cocotte, l'éternelle abshinte.



3. — Inglaterra.

¡Oh! ¡El Wiski! El menor efecto que les produce, es andar á trompis con todo bicho viviente. ¡Ah! se me olvidaba. Los mobiliarios no son de los que menos sufren.



4. — Italia.

Tierra de tenores baratos en su mayoría, y del vino de Chianti.

Salve, vino de Chianti, casto é puro... etc., etc.



5. — Rusia.

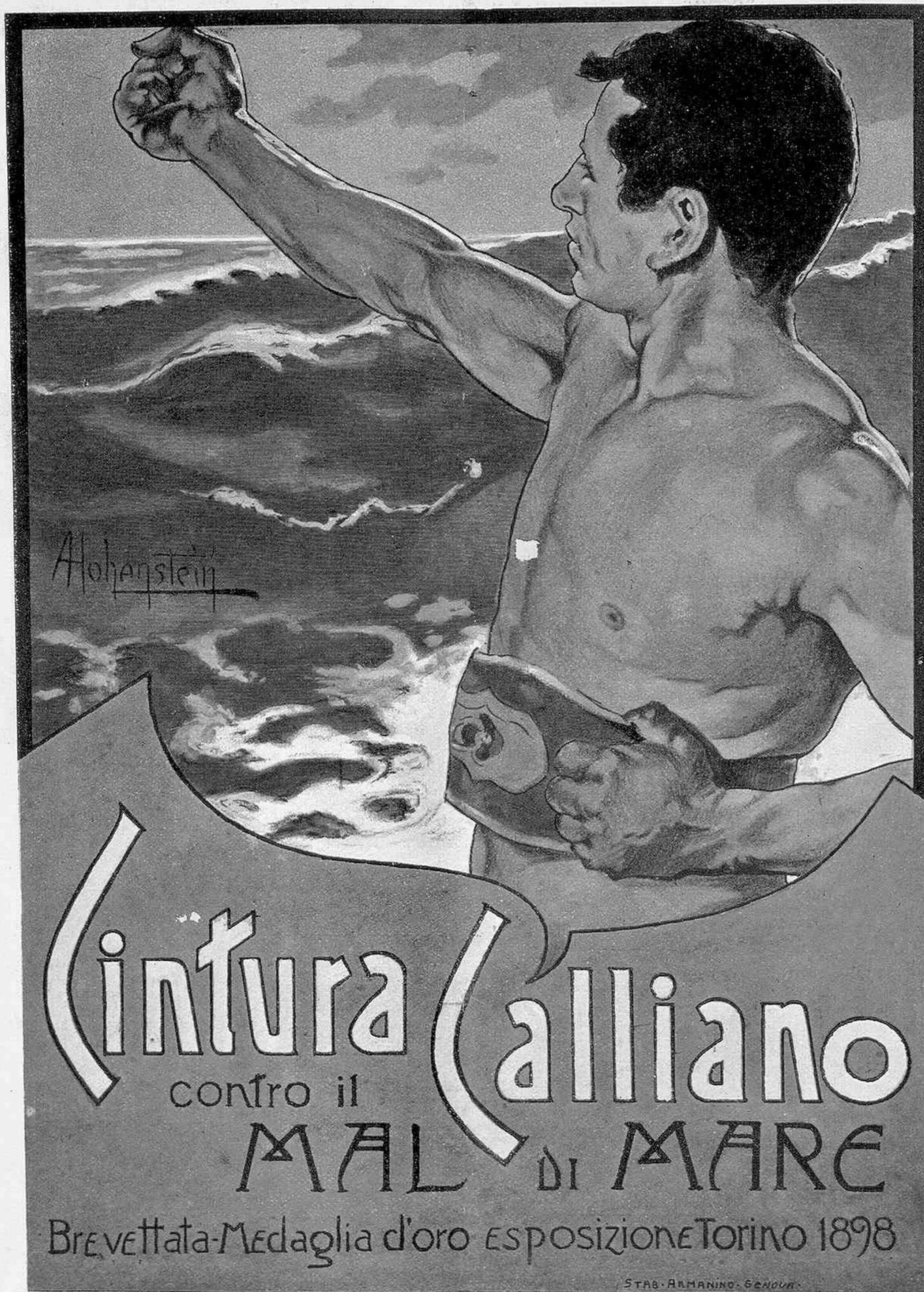
Después de succulento manjar se apiporran de Caviar.

(Que esto no es verso ya lo sé, pero creo que los rusos lo hacen tal como lo dejo escrito).



6. — España.

Unos beben magníficos amontillados, exquisitas soleras; pero la mayoría, una cosa de color indefinido y de sabor malísimo, que, según aseguran algunos venerables taberneros, es vino puro... y cándido.



Cartel anunciador del «Cinturón Galiano» contra el mareo. — Italia.